

La problemática de la filiación en *Don Casmurro* y *Cecilia Valdés*

Laura Posternak

Podemos observar una conflictiva y riesgosa (dis)continuidad vinculada a la sucesión de descendientes en *Cecilia Valdés o La Loma del Ángel* (1882) de Cirilo Villaverde y *Don Casmurro* (1899) de Joaquim Machado de Assis. Ambas novelas, publicadas en las últimas décadas del siglo XIX, refieren a dos países que configuran una línea excepcional en el contexto de la consolidación de los Estados-nación en América Latina. Brasil, que formaba parte del Imperio de Portugal, declaró su independencia y se proclamó República en 1889. Allí el sistema esclavista rigió hasta un año antes de ese suceso. Cuba fue colonia de España hasta 1898, y sostuvo también su economía mediante la esclavitud, derogada formalmente, en 1880¹. Así es que ambos países atraviesan a lo largo de las últimas décadas del siglo XIX problemáticas concernientes a sus procesos de independencia, así como conflictos relativos a la integración racial, en el marco de sus jerárquicas sociedades. Sucesos que conllevan preguntas y cuestionamientos en torno a la construcción de la identidad nacional. En este punto, la problemática de la filiación que ambas novelas representan constituye una cuestión crucial. Las familias representadas se inscriben en sociedades donde la clase social o la raza resultan determinantes a la hora de establecer exclusiones. Sin embargo, sus descendientes –lejos de funcionar como garantes de la reproducción de un orden–, revelan las grietas y los desvíos de estas genealogías. Asimismo, sostenemos que estas narrativas develan el reverso de la legislación y el lado oculto de los proyectos nacionales. Para reflexionar al respecto, nos resulta crucial el trabajo de Doris Sommer²,

¹ Aunque esta ley favoreció a que la esclavitud continuara mediante los “patronatos” a los que se pone fin en una Orden Real de 1886. A su vez, es interesante señalar que la ley que prohibía el matrimonio interracial fue abolida en 1881. (Stolcke, 1992: 30). En 1805, el Consejo de Indias había promulgado la “real Cédula acerca de los matrimonios que personas de conocida nobleza pretendan contraer con las de castas de negros y mulatos” (Ídem: 39). Es así que la raza funcionaba como un impedimento civil para el matrimonio y, por ende, como una herramienta que permitía mantener separadas categorías de un modo jerárquico.

² Sommer, Doris. *Ficciones fundacionales. Las novelas nacionales de América Latina*. Fondo de Cultura Económica, Bogotá, 2004. Bogotá, FCE, 2005.

en el que analiza las que denomina las “novelas nacionales” de América Latina. Allí nos revela cómo los ideales nacionales se apoyan en un amor heterosexual y en matrimonios -metáforas y ejemplos de uniones pacíficas y productivas-, que mantienen unidos a grupos heterogéneos en medio de los conflictos internos. Retomamos esta propuesta para replantearnos las asociaciones metonímicas entre la familia y el Estado, y sus problemáticas en el marco de los complejos procesos de modernización.

La familia, una institución bajo sospecha. Verena Stolcke señala que “La prohibición del matrimonio interracial introducida en Cuba a comienzos del siglo XIX ejemplifica el carácter esencialmente jurídico-político de la dicotomía entre la esfera pública y la esfera privada defendida por la filosofía política liberal”³. Su perspectiva señala dos tipos de herencias filiales en pos de la perpetuación del sistema esclavista: la transmisión genética de la “pureza racial” y la perpetuación de los privilegios económicos y legales que constituyen el rango social. Observamos que el amor y la sexualidad en tensión con la ley conforman, de este modo, un engranaje en relación directa con la reproducción de la sociedad.

Ahora bien, nuestra lectura le presta particular atención al hecho de que en ambas novelas, el linaje deviene una línea de fuga que atenta contra los esquemas de identidad pre-establecidos y, por ende, contra la reproducción del orden social. Los rasgos o caracteres de los descendientes confunden en lugar de identificar y abren un vacío que se llena de interrogantes. Entre la descendencia de hijos ilegítimos o no reconocidos, y la imposibilidad de reproducir un heredero que le de continuidad al linaje, estas novelas relatan los desvíos de la estirpe patriarcal hasta el punto de alcanzar su extinción.

Desde esta perspectiva, resulta conveniente observar en las dos narraciones las derivas de la ley paterna. En *Don Casmurro*, la muerte del progenitor del protagonista abre el juego para que su hacienda y fortuna, ligadas a una economía sustentada por la esclavitud devengan un legado en vías de transformación. Inserto en otro momento histórico, su hijo y sucesor, se hará abogado y, lejos de continuar con su proge, formará una familia que, luego de estar bajo sospecha, quedará inculpada. Casmurro, en tensión con el discurso jurídico y sus leyes -que efectúan la institucionalización estatal del registro civil de matrimonio y nacimiento (entre otras transformaciones que implica el paso del sistema monárquico a la formación de la república en 1889)-, acusa de falsa

³ Stolcke, Verena. *Racismo y sexualidad en la Cuba colonial*. Madrid, Alianza editorial, 1992. Página 13.

a su descendencia. De todos modos, la tercera generación, representada en la figura de Ezequiel, muere dejando trunca aquella genealogía.

En la novela de Cirilo Villaverde la figura del padre y la ley reaparecen de otras particulares maneras. Por un lado en su negación: Cecilia es hija ilegítima de su progenitor, fruto de una relación adúltera que él mantuvo con una mulata. Pero, por otro lado, su padre, tiene otra familia legítima en la que su hijo, y aquí encontramos otro punto de articulación con *Don Casmurro*, estudia leyes. De todos modos, leemos en la novela que Leonardo y sus compañeros de estudios:

...alcanzaban nociones muy superficiales sobre la situación de su patria en el mundo de las ideas y los principios. Para decirlo de una vez, su patriotismo era de carácter platónico, pues que no se fundaba en el sentimiento del deber, ni en el conocimiento de los propios derechos como ciudadano y como hombre libre (17)

Este joven “estudiante” de leyes, se escabulla por diversión de las legalidades y disipa no solo la fortuna de sus padres, sino que además esfuma su apellido, al morir antes de dar lugar a un hijo legítimo. Como sucede con Bento, en *Don Casmurro*, las nuevas generaciones parecen vincularse con la ley en una encrucijada repleta de pliegues que la corroen.

Identidades imprecisas. Engendros o monstruos, únicos en su especie o, en todo caso, inespecíficos, los “engendrados” de estas novelan, revelan una no pertenencia que los deja por fuera de toda genealogía. Desde esta perspectiva, *Cecilia Valdés* habilita una reflexión sobre la crisis de la visibilidad que clasifica y ordena por categorizaciones. Tal como lo señala Stolcke, la apariencia somática en la Cuba decimonónica ya era motivo de confusión, allí: “...la apariencia física se había vuelto igualmente equívoca con relación al origen ‘racial’ de una persona. Más aún cuando a menudo resultaba difícil, si no imposible, detectar diferencia física real alguna entre una persona de origen español y otra de origen parcialmente africano”⁴. En este sentido, entre el “ser” y el “parecer”, emerge en escena la confusa figura de Cecilia, cuya problemática filiación o

⁴ Ob. Cit. Página 118. Vale la pena continuar citando lo que señala una página más adelante la antropóloga en su texto: “En su *Diccionario provincial casi razonado de voces y frases cubanas*, publicado en 1836, Esteban Pichardo nos da la siguiente definición de la palabra trigueño:

Por antonomasia la persona que tiene el color algo atesado o parecido al del trigo, así como *Blanco* se dice al más claro que tira a lechoso con algo de rosado...Cuando se trata de razas, se usa la *Voz Blanco*, aunque sea Trigueño, para diferenciar de *Negro* o *Mulato*; aunque de estos hay alguno de color más blanco que muchos de la raza blanca

Los expósitos por real cédula eran de ‘sangre limpia’, pero en los hechos fueron considerados de ‘incierto origen’” (Stolcke: 119)

procedencia es crucial para reflexionar -en los vaivenes de una Cuba colonial que se proyecta como nación-, sobre las quimeras del origen⁵.

De todos modos, el “ojo conocedor” (“el ojo vigilante” señala Julio Ramos⁶) focaliza e intenta actuar como un dispositivo de orden ante la imprecisa imagen de la protagonista. Cito, al respecto, un fragmento de la novela:

¿A qué raza, pues, pertenecía esta muchacha? Difícil es decirlo. Sin embargo a un ojo conocedor no podía esconderse que sus labios rojos tenían un borde o filete oscuro, y que la iluminación del rostro terminaba en una especie de penumbra hacia el nacimiento del cabello. Su sangre no era pura y bien podía asegurarse que allá en la tercera o cuarta generación estaba mezclada con la etíope (17)

Pero esa herramienta de control no parece ser suficiente para contener las (con)fusiones de quien es para más de un personaje de la trama “ (...) pobrecita y, de color, aunque pasará por blanca donde quiera que no conozcan sus antecedentes (...)” (371)

También *Don Casmurro* pone en movimiento el juego de las identidades imprecisas.

Ezequiel, el dudoso hijo de Casmurro, se representa con rasgos o gestos que lo desidentifican. Paradojalmente, lo que lo caracteriza es su gusto por imitar a los demás. Así es que los gestos que lo singularizan, le son, al mismo tiempo, ajenos. Estos hábitos problematizan el vínculo con el que sería su padre legítimo, ya que además de imitar y parecerse al mejor amigo de Casmurro, lleva su nombre que ya poco tiene de propio. Pero, ¿vale la pena preguntarnos si Ezequiel es hijo bastardo o legal? En todo caso, en lo que efectivamente conviene detenernos es en la sospecha que la novela configura. Desconfianza que nos remite al problema de la filiación y que, en extensión, nos señala la precariedad de un orden y de su continuidad. Así es que, en esta novela, la escritura -ligada a la memoria y a la muerte- arrastra la quimera de las identidades hacia el vacío.

¿El narrador, la voz legítima? Respecto a la figura del narrador, *Don Casmurro* se configura como una *performance* de escribir hacia atrás. Leemos, entonces, un yo ausente entre fragmentos que practica el ejercicio que implica la memoria. Así es que en un movimiento de repliegue retrospectivo, Casmurro recuerda y escribe desde un espacio interior (su replicada casa) y un tiempo reflexivo (1890 es un mirador hacia el

⁵Para problematizar el concepto del “origen” resulta interesante, y pertinente en esta línea, el texto de Foucault: *Nietzsche, la genealogía, la historia*. Allí se cuestiona su solemnidad y se conjura su quimera (el origen no sería el lugar de la verdad), para reflexionar sobre los azares de los comienzos.

⁶ Julio Ramos se refiere a la mulata Cecilia como ubicada por su configuración en “la zona menos visible y administrable de la hibridez” sobre la que “agudiza su foco el ojo vigilante desde donde se articula la ficción abolicionista”. En “Cuerpo, Lengua, Subjetividad”, en *Paradojas de la letra*. Caracas, Universidad de los Andes, 2006. Página 47.

Segundo reinado, pero también hacia un “progreso” clausurado). En un doble movimiento, la escritura reproduce y adultera, reconstruye y distorsiona, una herencia familiar que se desarticula clausurando la posibilidad de su continuidad: Casmurro, como sabemos, no tendrá herederos que lo sucedan. Desaparición, faltas, vacíos, serán la condición para que el relato se estructure. En contraste con el marco del movimiento modernizador (recordemos el inicio con el tren), el narrador rememora, y reflexiona, también, sobre el ejercicio de memoria que su voz configura. En el capítulo LIX, denominado “Convidados de buena memoria”, leemos:

Hay quien pasa la vida en la misma casa de familia, con sus eternos muebles y costumbres, con las mismas personas y afectos, y a quien todo se le graba por la continuidad y la repetición. ¡Cómo envidio yo a los que no olvidan el color de sus primeros pantalones largos, yo que no recuerdo el color de los que me puse ayer! Únicamente podría jurar que no eran amarillos, porque detesto ese color; y aun, eso podría ser olvido o confusión.

Y prefiero que sea olvido antes que confusión. Me explicaré. *Nada se puede hacer con un libro confuso, pero en cambio todo se puede poner en los libros con olvidos.* (113, el subrayado me pertenece)

Escribir hacia atrás implica, entonces, recortes y elisiones. Y la escritura de Casmurro, como sucede con su casa y Ezequiel, se configura como el resultado de una reproducción adulterada. De hecho, reproducir, copiar, imitar y adulterar (en su doble acepción de falsificar, pero, también la de cometer adulterio) conforman una red de sentido que se extiende como un sustrato a lo largo del texto.

En *Cecilia Valdés*, la voz narradora es una tercera persona, que, lejos de su presumible efecto de objetividad, alude a lo evidente como si no pudiera verse. Y en este punto, el problema de la reproducción y el adulterio también resultan cruciales. Ante una filiación que Don Gamboa, “fundador de una familia distinguida” (299), intenta ocultar, el narrador hila con su voz una trama en la que la incógnita, que artificiosamente construye, revela un interés en solapar lo que se presenta como evidente para varios personajes y para el lector desde el principio. En este sentido, la relación extramatrimonial de Don Cándido con una mulata, cuyo resultado es el nacimiento de Cecilia, implica un fingimiento, una negación de tal acontecimiento, que la voz que narra sostiene al articular la trama. Recordemos que lo que prevalece en las primeras líneas de esta novela es la incógnita. Y el mismo narrador se encarga de manifestar su desconocimiento ante esa figura que aparece en su carruaje con cortinas de paño en la

plena oscuridad de la noche: “*Sea el que fuese* quien ocupaba el carruaje a la sazón, no puede negarse que tenía interés en guardar la incógnita (...)” (9; la cursiva me pertenece). Lo mismo podemos decir de esta voz en tercera persona para la cual guardar el secreto resulta conveniente. En este punto relacionamos la incógnita con la hipocresía que implica una práctica que quiere ocultarse o prefiere no verse. Tal como lo señala Doris Sommer, el narrador blanco, “quien constituye la principal fuente de información sobre la trama de *Cecilia Valdés* se hace el tonto”⁷. Lo que significa, continúa, “una disfunción en la tradición del narrador omnisciente” (ídem). Compartimos su perspectiva, según la cual el narrador que manipula la historia debe leerse en relación con el contexto de una anacrónica economía esclavista y un gobierno colonial racista. En este sentido, observamos que la voz narradora deja enfatizada la parcialidad de su mirada al mantener, a lo largo del enredo, un artificioso efecto por el cual el “secreto a voces” se sostiene. Leemos un fragmento paradigmático en la novela: cuando se conversa en el baile de cuna sobre el origen secreto de Cecilia y un personaje, al cual el narrador le cede la voz, señala: “(...) la abuela oculta a la nieta el nombre de su padre, aunque es preciso ser *ciega* para no verlo o conocerlo” (38, el subrayado me pertenece). Sin embargo, el engaño se sostiene a lo largo de la trama y configura un escenario en el que las formas confunden y dan lugar al equívoco, hasta el punto de alcanzar el incesto. En este sentido, podemos considerar el incesto accidental como un peligro siempre latente en un sistema patriarcal donde los vínculos sexuales del padre por fuera del matrimonio son una regla, aunque no esté escrita.

Consideramos que, en ambas novelas, reflexionar sobre los narradores conlleva una consideración en torno la sociedad de la época, que, a su vez, nos permite cuestionar estas voces. Así como el narrador de *Cecilia* se inscribe en un período colonial y racista, en el que la hipocresía con relación a la legalidad es moneda corriente; Casmurro representa una mentalidad conservadora, incapaz de ajustarse a los cambios, que construye, a través de la persuasión, un discurso verosímil que no es más que su versión. Pero en ambos casos, ya sea por las voces que se filtran por el discurso dominante, en el caso de *Cecilia*, o por las reflexiones metatextuales en el caso de *Don Casmurro*, observamos las grietas de estas construcciones.

⁷ Sommer, Doris. “Cecilia no sabe, o los bloqueos que blanquean” en *Abrazos y rechazos. Como leer en clave menor*. Bogotá, FCE, 2005. Página 268.

La novela cubana en sus continuos movimientos se aleja de un sistema colonial cuyos esquemas se revelan en crisis. Por sus fisuras emerge un nuevo sujeto sin padre, ilegítimo, que se escapa de los rígidos compartimentos del sistema clasificatorio de razas y resiste, altera, sus sistemas normativos. *Cecilia Valdés* parecería exceder el nombre de la protagonista para denominar una Cuba que deviene nación problematizando sus herencias y sus filiaciones. Por su parte, la novela de Machado de Assis problematiza y cuestiona el lema de “orden y progreso”. Ambos conceptos fundacionales en la construcción de la nación funcionan como fantasmas en una trama cuyo “orden” se estructura mediante la arbitrariedad de la memoria y cuyo “progreso” narrativo no hace más que atentar contra la construcción hegemónicamente discursiva de un futuro promisor.

La simulación o la sospecha caracterizan a estas voces narradoras que revelan las perversas formas de un “progreso” estancado que demanda un cambio ante el carácter falaz de los “lazos de sangre”. En este sentido, las filiaciones, lejos de garantizar la reproducción de un orden, lo desestabilizan hasta dejarlo trunco y abierto hacia nuevas perspectivas.

Bibliografía

Corpus:

- Machado de Assis, José María. *Don Casmurro*. Buenos Aires, Editorial Nova, 1943.
- Villaverde, Cirilo. *Cecilia Valdés o La Loma del Ángel*. Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1981.

General:

- Civantos, Christina. *Pechos de leche, oro y sangre: la circulación del objeto y el sujeto en Cecilia Valdés*. En *Revista Iberoamericana*, vol. LXXI, núm. 211, Abril-Junio 2005, 505-519.
- Foucault, Michel. *Nietzsche, la genealogía, la Historia*. Pre-textos, 1997.
- Gledson, John. *Machado de Assis: impostura e realismo. Uma reinterpretação de Dom Casmurro*. Companhia das Letras, San Pablo, 1999.
- Mutis, Ana María. “Enamorado hasta la punta del pelo: Semiótica capilar en *Cecilia Valdés*”. *Revista Hispánica Moderna*, año 59, no 1-2 (junio-diciembre, 2006), pp.83-95.
- Ramos, Julio. “Cuerpo, Lengua, Subjetividad”, en *Paradojas de la letra*. Caracas, Universidad de los Andes, 2006.

-Sommer, Doris. "Cecilia no sabe, o los bloqueos que blanquean" en *Abrazos y rechazos. Como leer en clave menor*. Bogotá, FCE, 2005.

----- . *Ficciones fundacionales. Las novelas nacionales de América Latina*. Fondo de Cultura Económica, Bogotá, 2004.

- Stolcke, Verena. *Racismo y sexualidad en la Cuba colonial*. Madrid, Alianza editorial, 1992.